

# El 68, mitos y realidades

*Salvador Castañeda\**

**P**ara comenzar esto y sentar premisa, anexaremos el último párrafo del "Manifiesto 2 de octubre",<sup>\*\*</sup> del 4 de diciembre de 1968, luego de la desarticulación del movimiento del 68 en México. El remate del contenido del documento parece reunirse en esta parte, que es lo mismo que el preludio de lo que vino después.

El gobierno mexicano debe tomar muy en cuenta que ante la obstrucción sistemática y reiterada que de los canales democráticos que realiza, no puede pedir actitudes enteramente pasivas y sumisas y que las vías que siga el pueblo de México para el logro de una auténtica democracia están esencialmente determinadas por la posición que se asuma frente a las exigencias de reivindicaciones populares que se aproxima. Sin embargo, cualquiera que sea la vía todo mexicano luchador por la democracia actuará con la responsabilidad que la historia le confiera.

Venceremos

Diciembre de 1968

Por el Consejo Nacional de Huelga:

Roberto Escudero

Gerardo Estrada

Situados en el presente, en esta actualidad movедiza, dosificada de incertidumbre, ver hacia el futuro resulta imposible si antes no nos sacudimos de encima el descalificativo: "emisarios del pasado" y dirigimos nuestra mirada hacia atrás. Esta aseveración —esto de que sin pasado no hay futuro— es sin duda un lugar común, pero también es cierto que la historia misma está sobrecargada de lugares comunes, y, lo que es más, la historia la hace el común.

El movimiento estudiantil de 1968 en México fue un tramo de la permanente lucha de la sociedad, y no se puede deseslabonar del movimiento ferrocarrilero de 1958-59, del crimen contra Rubén Jaramillo y parte de su

---

\*Narrador. En 1979 ganó el Premio de Novela "Juan Grijalbo". Ha publicado cuatro libros: *¿Por qué no dijiste todo?* (1980), *Los diques del tiempo* (1992), *La patria celestial* (1993) y *El de ayer es Él* (1996).

\*\* Publicado en el periódico *El Día*, el 5 de diciembre de 1968.

familia en 1962; algo había entre la masa estudiantil en relación con el primer brote guerrillero en Chihuahua en 1964-65; la huelga de los médicos en 1966, y se sabía de los movimientos estudiantiles en Sonora y Michoacán. En el escenario internacional, con el inicio de los bombardeos a Vietnam del Norte por las fuerzas norteamericanas, la invasión a la República Dominicana por los marines, también de los Estados Unidos de Norteamérica; la salida del Che Guevara de Cuba y su muerte en Bolivia, en la Quebrada del Yuro, en 1967; los movimientos estudiantiles en Francia, Checoslovaquia y Polonia, y un año antes en la República Federal Alemana.

Las jornadas del 68 fueron un movimiento juvenil en sus orígenes por estar encabezado por jóvenes, muy cercano a cualquier otra cosa menos ser un movimiento revolucionario; jamás planteó ningún cambio radical a ninguna estructura que posibilitara modificar las relaciones de poder en la sociedad.

Por su mismo origen, por como se da, por las circunstancias en las que surge, no podía llegar más allá de donde llegó, a menos que se hubiese replegado a tiempo, en orden y con otra perspectiva.

Sin embargo, a pesar de su costo como resultado de aquella respuesta demencial del Estado y su violencia institucionalizada, la mella del 68 ha calado profundo. Podemos afirmar que desde entonces los que gobiernan ya no gobiernan igual, que la sociedad obediente ya no es y que ésta se encamina a crear condiciones propicias que permitan el acceso a una vía de transición (es falso el discurso oficial que afirma que México se encuentra ya en la transición democrática, porque no serán ellos los artífices ni los que estén al frente de ese proceso; lo que realmente dicen en sus discursos es lo que sueñan).

La violencia de los jóvenes de entonces tampoco fue conspiración, ningún propósito por desprestigiar al país y sus instituciones, ningún afán protagonístico; el movimiento no estaba infiltrado por comunistas o agitadores profesionales y sí estaba infiltrado por ellos, que siempre quisieron ahogarlo desde que nació. La violencia de esos casi 68 días, en los que toda la ciudad constituía el escenario, fue la respuesta a una actividad permanente de fuerza, de control, de no dejar ser.

Las movilizaciones colectivas: marchas, plantones, mítines, pintas; los enfrentamientos en las calles arrabatándose a las fuerzas del "orden"; la actividad de los *comités de lucha*, de las *brigadas de información*, todo era una gran escuela política al tamaño de la ciudad capital; una enorme aula sin paredes ni puertas; sin distancias entre maestros y alumnos —es más, sin maestros—, un conglomerado social en el que todos aprendíamos de todos; una verdadera conjugación de verbos y sustantivos en los tres tiem-

pos. Y por otro lado el Estado con sus reglas gramaticales y su manual de todos los verbos conjugados que le sirvieron para muy poca cosa durante algún tiempo.

Un resultado político de gran importancia fue que aquellas jornadas, a largo plazo, empujaban a los violentos y sus instituciones hacia el diálogo, a hacerlos entender que la participación colectiva e independiente propone un camino distinto. Sin embargo esta reivindicación, que podemos considerar como el centro gravitacional de las movilizaciones del 68, se hace realidad 26 años más tarde por otros medios.

En el libro de la historia de los países de América Latina existen muchas páginas en blanco, espacios éstos de los tiempos modernos, saqueados con el propósito de aderezarle la memoria histórica a la población, de desarraigarnos de sí, borrarles el pasado de sus luchas y de sus organizaciones; la historia de ese persistente golpear de la masa, en oleadas, contra el macizo continental. Pareciera una lucha testaruda de unos contra otros, unos por asimilar y los otros por no dejar que asimilen.

Ahora bien, si la historia es la memoria que el hombre tiene de sus hechos, es decir, la memoria de sí, entonces en México la historia de las luchas por la democracia (sean estas luchas o no por la toma del poder) es también la historia de la actividad represiva del Estado contra hombres y mujeres de antes y de ahora: indígenas, criollos, mestizos, blancos o negros y no únicamente contra los pobres.

La represión es una, no importa en cuántas partes nos la presenten: ejército, armada, judicial, guardias blancas, grupos de choque, policía, escuadrones de la muerte, jueces, tribunales o cárceles. Estas instituciones de violencia son un mismo aparato descomunal; una fuerza cuya finalidad es la misma: mantener el orden por encima de las razones del *desorden*.

A lo largo de los tiempos la exigencia de pasar a estadios superiores de civilidad configura vados y ascensos, avances y retrocesos, y trayectos menos escabrosos; contra esto el Estado jamás ha dejado de aplicar su fuerza. Por otra parte, el llamado orden en la sociedad —con todo su peso— descansa sobre sí mismo por medio de la violencia organizada del Estado. El comportamiento social, la relación del Estado con la sociedad se condiciona por ese medio.

En la actualidad la incidencia de la población, el percutir de su actividad social, inquieta a quienes a sangre, persecución y cárcel han conseguido mantener en paz a la sociedad, lo que a su vez les permite seguir en sitios de privilegio desde donde ejercen un poder enfermizo que los lleva al asesinato selectivo entre ellos.

Detrás del Estado se encuentra una clase de hombres que deambulan las 24 horas del día en la bolsa de valores, en la especulación, felices ellos con el orden, con la paz social, con el continuismo que tiene que garantizárseles cada sexenio.

La garantía para todo esto es ese aparato descomunal de fuerzas —del que hablamos líneas arriba— puesto al día para hacer lo operante, entrenado siempre; una máquina bien aceiteada, precisa, subvencionada incluso por la misma población a través de una compleja trama ideológica que nos hace creer que la represión es necesaria; que la paz, el orden y la tranquilidad sólo es alterada por algunos sectores de la sociedad, por los inconformes, disidentes, intolerantes; por la oposición, a quienes es necesario combatir sin darles tregua.

El descontento de la población, manifiesta en protestas callejeras que llegan hasta las plazas que simbolizan el poder, es por ahora una actitud cuidadosa que mira con temor y sorpresa el tamaño de sus propias acciones, sobre todo aquellas que transponen el orden ilegal: choques abiertos de grupos de la población citadina contra las fuerzas del orden, durante horas; jornadas cualitativas de pérdida del miedo. Quema de patrullas de la policía (sin existir convulsión local).

Sin embargo, de enero del 94 para acá, el temor al rebase se diluye poco a poco tanto en el campo como en la ciudad. La población asume una actitud cada vez más decidida. De esta manera, surge y se explica, al mismo tiempo, la violencia que se opone al ejercicio de ésta que obliga a una parte de la sociedad a aceptar un determinado estado de cosas. Esta violencia, contestataria al comienzo, puede llegar a transgredir sus límites y hacerse reivindicativa.

La aplicación de la violencia institucionalizada no es otra cosa que el ejercicio del poder de una parte de la sociedad contra el resto. Esta misma violencia se ejercita en la prohibición a la sociedad a rechazarla mediante su fuerza organizada y la fuerza de su organización. Hasta ahora esa contraposición no es libre de un cierto grado de espontaneidad y parece responder más al empuje de la circunstancia que al resultado de la aprehensión consciente de la necesidad de la organización —referida ésta a la población en general—, no así a los elementos más activos en este impulso; es decir, de su ejercicio organizado.

La población urbana, en su ascenso a formas de movilización rápida, ha renunciado al caudillo; no tiene que actuar a una decisión de algún líder. No tiene una cabeza (ésta es la gran lección del Consejo Nacional de Huelga —CNH— en el 68 llevada al extremo), sino que ella misma, la población urbana, parte de la base, es al mismo tiempo la cúpula. Sus problemas más agudos nutren a los otros: desempleo, falta de vivienda, pobreza aguda, represión permanente, pero también el hartazgo de los otros, la concentración de la



Estudiantes de la Preparatoria 7 bloquean la avenida de la Viga.

riqueza en un número de individuos cada vez más reducido, la ostentación de los especuladores ante la pobreza de millones, resulta un catalizador.

Esta característica de su organización dificulta poder conseguir su inamovilidad por ahora. Puede ser que se consiga su quietud temporal recurriendo al engaño o a la espectacularidad de acciones de distracción: marcha atrás en leyes aprobadas, *efectivismo* en operativos contra el narcotráfico, encarcelamiento de algunos pillos, carretonadas de recursos hacia el campo (no para resolver problemas de caciquismo y acaparamiento de tierras o mejorar precios de cosechas o terminar con el intermediarismo) para construir caminos de terracería, carreteras, tender redes telefónicas, canchas (puestas ahí también para concentrar por la fuerza a la población local, o como helipuertos), despensas a escolares, reactivación o creación de pequeñas empresas efímeras, y un despliegue increíble de promoción que crea falsas expectativas cuyo revés será desastroso.

*Las jornadas del 68 y la ruptura del cerco de los mitos: la unidad nacional, la estabilidad política, la democracia, la justicia social y la libertad*

Valga a propósito de lo anterior una puntualización: romper ese cerco no equivale necesariamente al desmoronamiento del sujeto cercador, pero sí modifica el curso de los acontecimientos.

El movimiento estudiantil del 68 en México es obligadamente un lugar de concurrencia; un punto desde el cual podemos intentar una interpretación para nosotros mismos, en primera instancia, de ese hecho que marcó una vez más los lindes entre el poder del Estado y la sociedad; entre quienes defienden la estabilidad y el orden (orden que privilegia a unos pocos) y la muchedumbre, que resulta de por sí la inestabilidad misma, cuya sola existencia desventajosa garantiza el desorden.

La relación anterior —entre pasado y futuro— no se puede destornillar de otras afirmaciones contra ese orden sin caer en el manoseo de la historia; si optamos por su desencabalgamiento nos la estaremos acomodando para violentarla. Aquí, en este soporte, en esta junta es donde habita la importancia histórica del fenómeno.

Si no entramos en él, si nos empeñamos en caminarlo por encima sin profundizar, haremos de éste un mito más para anexarlo al mismo cerco atribuyéndole lo que no fue y negándole las consecuencias: que los dirigentes del CNH eran quienes enfrentaban al Estado, que la matanza del 2 de octubre se gestó en el Zócalo la noche del 27 de agosto durante el plantón; que los responsables de la masacre en la Plaza de las Tres Culturas son lo mismo el ejército que los dirigentes del movimiento estudiantil; que los estudiantes todos estaban enfermos de violencia. Que los grupos armados surgidos luego del 2 de octubre nada tienen que ver con el movimiento estudiantil, o bien, en el mejor de los casos, se les considera como el degenero o la descomposición de éste. Pero la realidad es otra; es que estos grupos —su mero surgimiento— fueron la negación dialéctica de aquél, para su salvación, en el momento preciso en el que la represión se radicaliza e intenta meterlo a la circulación y llevarlo así hasta su agotamiento.

Con todo, el 68 no fue una eventualidad ni se le puede reducir a una fecha, a la anécdota, al protagonismo o a la festividad. Los muertos, las persecuciones, la cárcel, las torturas, el atravesar cuerpos las bayonetas; el dolor de los deudos y su esperanza de que el hijo regrese, nada tiene de festivo. La fiesta, si es que la hubo, fue para los *otros*, para los que prepararon la represión, para los que organizaron la matanza; para quienes pedían *acabar con todo de una sola vez*.

Durante el movimiento estudiantil del 68, el sistema político mexicano no estuvo efectivamente en peligro real de ser derrocado o desaparecer; lo sabían, defendiendo, eso sí, con ferocidad, su principio de autoridad, sus famosas instituciones y la hasta entonces intocable figura del presidente. Él y su gabinete sentían pánico ante el tamaño del hecho, frente a la respuesta de la población que enfrentaba a los cuerpos represivos.

Como aquello resultó ser algo que no esperaban, que no imaginaron siquiera de una población hasta entonces obediente, su miedo primitivo los jalaba a la circularidad en sus decisiones: a mayor participación respondían con más represión, lo que a su vez aceleraba el avance cualitativo en la movilidad, en la organización y en las exigencias de la sociedad.

La incorporación de intelectuales, artistas, padres de familia, maestros y algunos estratos de obreros y campesinos al movimiento significó para el gobierno y su aparato represor un peligro más real.

El fenómeno de la centralización de la vida del país en su capital (política, económica y cultural) estaba ahí en la lista de presentes, cuajado en las movilizaciones concentradas. La euforia que resultaba de ello hacía pensar y concluir que el Distrito Federal y alrededores eran no solamente la concentración del país, de su geografía, de su población, sino además la suma de la fuerza de un movimiento que no traspasaba cierta periferia de ese concentrado. Es cierto que las movilizaciones empezaban a romper la membrana zonal, su localización —justamente por el carácter no académico de los seis puntos—; por esto es que comenzó a sumar. No era ya sólo el empuje de los estudiantes sino también el tanteo de algunos sectores de la producción y la inconformidad de estratos de la pequeña burguesía descontenta, ésa a la que no le toca nada de lo que llaman derrama económica. (El Consejo Estudiantil Universitario —CEU—, en el 87, confinado al *campus* universitario, con reclamos que no rebasaban lo académico, no pudo involucrar a ningún otro estrato social de importancia. Nació y murió sin salir del vientre materno.)

Una característica esencial que singularizó al movimiento estudiantil fue su cuerpo dirigente —la amplitud de éste, para ser más precisos—, ejemplo sobrado de democracia interna.

La copiosa representatividad (más o menos 250 miembros) constituía una trabazón. Su cuerpo amorfo, pesado, se inmovilizaba a sí mismo, y era a su vez su propio diluyente por su dispersión y por la inexistencia de una línea cementante capaz de amarrar en un solo tanto los intereses en juego, tarea sumamente difícil. El forcejeo interno era como el enemigo en casa, sumado al golpeteo de las fuerzas represivas que mellaban desde afuera. Las fuerzas represivas aplicaban el mismo principio de siempre: no darles tiempo.

El avance cualitativo y numérico de las bases, que maduraban rápido en la acción, responsables ellas mismas de su ascenso, y el rezago del Consejo Nacional de Huelga (CNH) ante las posibilidades cada vez mayores de participación, le impidió a éste tomar el mando efectivo de las acciones, asumir la negación del número; su centralización. La participación cada vez más

activa de las bases traslada el eje de esta actividad hacia su propio centro; comienza a crear sus mecanismos y entra en contradicción, no declarada formalmente, con el CNH. Éste, en un gran esfuerzo por destrabar el movimiento, conforma un Comité Central. Para entonces ya el desarrollo de las acciones —que no esperan— había rebasado los bordes, y el centro de gravedad de las decisiones se movía hacia las brigadas y comités de lucha. En esto estaban cuando los alcanzó la noche del 2 de octubre.

El movimiento estudiantil-popular, quebrado abruptamente a sangre y fuego, no muere así nada más, sin testamento, sino que al tiempo que recibe antecedentes nos deja una experiencia hasta entonces inédita que en la actualidad es ya a su vez un antecedente. Nos deja una dinámica de participación amplia, abierta. El brigadismo inaugura lo que de pronto parecía un coqueteo con la anarquía, pero no, era la gran movilidad de la información contra la desinformación.

Los brigadistas —correteados diariamente por las fuerzas represivas— eran la parte del movimiento que lo hacía presente en los mercados, en el transporte, en los cines, en cualquier espacio de concurrencia. Se llegaba hasta los sitios más relegados para involucrar a la población de los estratos menos visibles. Tal particularidad era la espina dorsal de su expansión y afianzamiento de la periferia; la extensión de sus líneas, el crecimiento de la participación. Ésta resultaba de cuidado para las instituciones, pues era el tanto del movimiento que maduraba más rápido; la que resistió organizadamente los ataques de las fuerzas represivas en el Casco de Santo Tomás. No por otra razón sino por ésta, no descabezan al movimiento; no se reprime selectivamente porque no tiene sentido; la macrocefalia eran decenas de cabezas; a cambio se intenta el viejo y aún efectivo recurso de la cooptación o el diálogo en corto. Frente a esta realidad, se determina desmembrarle las bases, no tanto golpear en la cúpula; los principales dirigentes son encarcelados luego de la matanza. La masacre no se preparó para atraparlos, sino que la noche de Tlatelolco fue concebida como una lección para atarragarnos de miedo.

No obstante lo dicho por los respetables historiadores Enrique Semo y Álvaro Matute en el sentido de que —y cito textual— “Nada, absolutamente nada, en el 68, es espontáneo”, lo cierto de esta afirmación sólo puede corresponderse con una generalización, no así con una particularidad, en igual proporción que ningún fenómeno social, político, en el arte o en la ciencia se da sin enlace. La espontaneidad en la población existe y se deja ver en circunstancias, tiempo y espacio concretos. Las jornadas del 68 dejan una particularidad espontaneísta en su origen y en su dinámica; una efervescencia



espumosa más rápida que la concientización, que jalaba inexorablemente hacia la circularidad. El espontaneísmo es vertiginoso, tan rápido como una *chinampina*, avanza hacia su fin a la misma velocidad de su despliegue, sin tregua para razonar; con el mero impulso de las circunstancias, a su vez empujados por la represión. No obstante lo anterior, camina por la espiral que va de lo simple a lo complejo, y así, si consigue el cambio al siguiente engrane, como en un *chance* de la historia, podrá sobrevivir o morirá como nació, de súbito. La amplitud del CNH y su heterogénea composición implicaba su muerte por necesidad, sentencia promulgada por el mismo desarrollo cualitativo del movimiento —tiempo del paso de un engrane a otro en el que se pone a prueba la capacidad de sus dirigentes, tiempo en el que se juega la respuesta a la pregunta: después de esto, ¿cómo continuar?

Luego del 68, o mejor dicho del 2 de octubre, el movimiento se desperdiga, sus articulaciones se atrofian de golpe. La masacre en la plaza impone el repliegue; un retroceso en condiciones desfavorables, retirada en desorden, sin bases en ninguna retaguardia; no se les dio tiempo para ello. En estos eventos existen etapas en las que aquellos que tienen la iniciativa pueden manejar el tiempo y las acciones.

Al movimiento estudiantil del 68, para su nacimiento y desarrollo, no se le organizó nada porque no lo esperaban; nadie lo preparó y nadie estaba preparado. Por esto es que su llegada al mundo sorprendió mirando para otro lado a las organizaciones que uno pensaría que lo planearon. Todo se le improvisó después de su nacimiento.

Sin embargo, si el movimiento del 68 no fue planeado, su represión sí. Ésta se preparó mucho antes de que éste llegara.

### *Nota para un devenir encimado ya al presente*

*Entrenará EU a 3 200 de los GAFE: perito europeo.*

México es ya el país que más efectivos envía a escuelas militares estadounidenses, afirma.

Entre 1996 y 1999, 3 200 miembros de Grupos Aerotransportados de Fuerzas Especiales (GAFE) del Ejército Mexicano “tomarán cursos de doce semanas con el Séptimo Grupo de Fuerzas Especiales de Estados Unidos, para después retornar a México y adiestrar a grupos de reacción rápida”, señala Darrin Wood, experto europeo en asuntos militares latinoamericanos (*La Jornada*, 16 de agosto de 1998).